

UN ARTÍCULO DEL MERCURIO.—CASTIGO DE BONAPARTE EN VIDA.

¡Dichosa mi vida, que no fue á lo menos turbada por el miedo, ni atacada por el contagio, ni arrastrada por los malos ejemplos! La satisfacción que experimento hoy por lo que entonces hice me confirma mas y mas en que la conciencia no es una quimera. Mas contento que todos esos potentados, que todas esas naciones rendidas á los piés del glorioso soldado, repaso con un orgullo digno de excusa esta página que me ha quedado como mi único bien, y que á nadie debo sino á mí. En 1807, con el corazón conmovido aun por el atentado que acabo de referir, escribía yo las siguientes líneas: ellas hicieron suspender la publicación de *El Mercurio* y expusieron nuevamente mi libertad.

«Cuando en el silencio de la abyección no se oye otra cosa que el ruido de la cadena del esclavo y la voz del delator; cuando todo tiembla ante el tirano, siendo tan peligroso incurrir en su favor como en su desgracia, el historiador parece encargado de la venganza de los pueblos. En vano prospera Nerón. Tácito ha venido ya al mundo en el imperio; crece desconocido al lado de las cenizas de Germánico, y ya la equitativa Providencia ha entregado á un hijo oscuro la gloria del señor del mundo. Si el papel de historiador es hermoso, es sin embargo peligroso muchas veces; pero hay altares, como el del honor, que, aunque abandonados, reclaman aun sacrificio: el Dios no se ha aniquilado, aunque su templo se halle desierto. En cualquier parte en que quede á la justa causa una probabilidad, por pequeña que sea, debe tentarse á la fortuna, sin que esto pueda llamarse heroísmo; las acciones magnánimas son aquellas cuyo resultado previsto es la desgracia y la muerte. ¿Qué importan los reveses, si nuestro nombre, pronunciado por la posteridad, va á hacer latir un corazón generoso dos mil años despues de nuestra vida?»

La muerte del duque de Enghien, introduciendo un principio nuevo en la conducta de Bonaparte, descompuso su recta inteligencia. Se vió precisado á adoptar como un escudo máximas en que no tuvo á su disposición la fuerza entera, porque las falseaba á cada paso por su gloria y por su genio. Hizose sospechoso; causó miedo; perdióse la confianza que se habia puesto en él y en su destino; vióse obligado á conocer, ya que no á buscar, hombres que no hubiera conocido jamás, y que por su influencia se creían sus iguales: el contagio de su llaga se extendía por todo su cuerpo. No se atrevía á acriminar á estos hombres, porque habia perdido la libertad de acriminar. Sus grandes cualidades permanecieron las mismas; pero sus buenas inclinaciones se alteraron, y no las sostuvieron; con la corrupción de aquella mancha original se deterioró su naturaleza. Dios mandó á sus ángeles que destruyeran la armonía de aquel universo, cambiando sus leyes, é inclinándolo sobre sus polos: «Los ángeles, dice Milton, impelieron oblicuamente el centro del mundo... el sol recibió la orden de invertir su curso sobre el camino del ecuador... los vientos desgajaron los árboles y trastornaron los mares.»

They with labor push'd
Oblique the centric globe.. the sun
Was bid turn reins from th'equinoctial road
.....ren d the woods, and seas upturn

ABANDONO DE CHANTILLY.

Las cenizas de Bonaparte, ¿serán exhumadas como lo han sido las del duque de Enghien? Si hubiese yo podido hacerlo, esta última víctima dormiría aun sin

hombres en el foso del castillo de Vincennes. Este *excomulgado* debiera haber sido puesto, como Raimundo de Tolosa, en un ataúd abierto; la mano de ningún hombre debiera haber osado cubrir bajo una tabla al testigo de los juicios incomprensibles y de la cólera de Dios. El esqueleto abandonado del duque de Enghien y la tumba desierta de Napoleón en Santa Elena formarían contrapeso; nada habría mas conmemorativo que estos restos, unos frente á los otros, en los dos extremos de la tierra.

Al menos el duque de Enghien no ha quedado bajo tierra extranjera, como el desterrado de los reyes: este tuvo cuidado de devolver al otro á su patria; algo cruelmente, es verdad; pero ¿esto será para siempre? La Francia, en donde tantas cenizas se han esparcido al soplo de la revolución, no guarda fidelidad á los huesos. El anciano Condé, en su testamento, dice que no se halla seguro del país que habitará el día de su muerte. ¡Oh Bossuet! ¡Qué no hubiérais añadido á la obra maestra de vuestra elocuencia si cuando hablábais del ataúd del gran Condé hubiérais podido penetrar en el porvenir!

Aquí mismo, en Chantilly, fue donde nació el duque de Enghien. Luis Antonio Enrique de Borbon, nacido el 2 de agosto de 1772 en Chantilly, dice la sentencia de muerte. Sobre estos prados jugó durante su infancia; la huella de sus pasos se ha borrado. Y el vencedor de Friburgo, de Nordlingen, de Lens, de Senef, ¿á dónde ha ido con sus manos victoriosas, ahora desfiladas? Y sus descendientes, el Condé de Johannisberg y de Berstein, y su hijo y su nieto, ¿dónde están? Ese castillo, esos jardines, esos surtidores de agua, que no se callaban ni de día ni de noche, ¿qué se han hecho? Estatuas mutiladas; leones de los que se restauran á cada paso las garras ó las mandíbulas; trofeos de armas esculpidos en un muro ruinoso; escudos de flores de lis borradas; cimientos de torres destruidas; algunas crugias de mármol bajo las caballerizas desiertas en que ya no resuenan los relinchos del caballo de Rocroy; al lado de un picadero una elevada puerta no concluida: hé aquí lo que queda de los recuerdos de una heroica estirpe: un testamento, anudado por un cordón, na cambiado los poseedores de aquella herencia.

La selva entera ha caído por partes bajo el hacha. Personas que en los tiempos pasados han recorrido esos sitios, hoy insignificantes, ¿qué edad y qué pasiones tenían cuando se paraban al pié de esas encinas? ¿Qué pensamiento les ocupaba? ¡Oh inútiles *Memorias* mías! Yo no podría deciros ahora:

«Que Condé os lea alguna vez en Chantilly; que Enghien se enterezca.»

Hombres oscuros, ¿qué somos nosotros al lado de esos hombres ilustres? Desapareceremos para no volver: tú renacerás, ¡oh clavellina! que reposas sobre mi mesa, al lado de este papel pequeña flor que yo he cogido atrasada entre los brezos; pero nosotros no reviviremos con el solitario perfume que me ha distraído.

AÑO DE MI VIDA 1804.—VOY Á HABITAR Á LA CALLE DE MIROMESNIL.—VERNEUIL.—ALEJO DE TOQUEVILLE.—MESNIL.—MEZY.—MÈREVILLE.

Desde entonces, separado de la vida activa, pero protegido por la influencia de Mad. Bacciochi contra la cólera de Bonaparte, dejé mi habitación provisional de la calle de Beaune, y fui á habitar á la de Miromesnil. La pequeña habitación que yo alquilé fue ocupada despues por Mr. de Lally-Tolendal y madama Denain, su *muy amada*, como se decía en tiempo de Diana de Poitiers. Mi pequeño jardín daba á un almacén de maderas, y tenía al lado de mi ventana un

gran álamo que Mr. de Lally-Tolendal derribó por sí mismo con su robusta mano, que él decía trasparente y descarnada, á fin de respirar un aire menos húmedo: esto era una ilusión como otra cualquiera. El empedrado de la calle concluía delante de mi puerta; mas adelante la calle, ó mejor dicho el camino, subía por un terreno desigual, que se llamaba el *Cerro de los Conejos*. Este terreno, sembrado de algunas casas aisladas, terminaba á la derecha en el jardín del Tivoli, punto de donde salí con mi hermano para la emigración; á la izquierda está el jardín de Monceaux. Paseábame con frecuencia por aquel abandonado jardín; la revolución empezó en él, en medio de las orgías del duque de Orleans: este sitio habia sido embellecido con estatuas desnudas de mármol, con ruinas artificiales, símbolo de la política ligera y desbordada que iba á cubrir á la Francia de prostitutas y de ruinas.

No me ocupaba en nada, todo lo mas que hacia era entretenerme en el jardín con algunos abetos, donde hablaba del duque de Enghien con tres ó cuatro cuervos, á la orilla de un río artificial, escondido bajo un tapiz de verde musgo. Privado de mi legación alpina y de mis amistades de Roma, de la misma manera que habia sido privado de repente de mis relaciones de Londres, no sabia qué hacer de mi imaginación y de mis sentimientos; colocábalos todas las tardes sobre los rayos del sol, que no podían transportarlos á los mares. Volví á mi casa, y procuraba dormirme al murmullo de las hojas de mi álamo.

Entre tanto mi dimisión habia aumentado mi renombre: un poco de valor sienta siempre bien en Francia. Algunas personas de la antigua reunión de Mad. de Beaumont me introdujeron en nuevas sociedades.

Mr. de Tocqueville, cuñado de mi hermano y tutor de mis dos sobrinos huérfanos, habitaba el palacio de Mad. de Senazan: en todas partes habia herencias del patíbulo. Allí veía crecer á mis sobrinos, con sus tres primos, los de Tocqueville, entre los cuales se hallaba Alejo, autor de *la Democracia en América*. Mas mimado estaba él en Verneuil que lo habia yo sido en Combourg. ¿Será esta la última capacidad que he visto pasar ignorada en embrion? Alejo de Tocqueville recorrió la América civilizada, de la cual no visité yo mas que las selvas.

Verneuil ha cambiado de dueño, ha pasado á manos de Mad. de Saint-Fargeat, célebre por su padre y por la revolución que la adoptó por hija.

Cerca de Nantes, en Mesnil, hallábase Mad. de Rosambo: mi sobrino Luis de Chateaubriand se casó allí despues con Mlle. de Orglandes, sobrina de Mad. de Rosambo: ya esta no hace brillar su belleza junto al estanque ni bajo las hayas de su mansion; ha pasado ya. Cuando iba desde Verneuil á Mesnil, encontraba casi siempre en el camino á Mezy: Mad. de Mezy era una novela, encerrada en la virtud y en el amor maternal. Al menos si su hijo, que cayó desde una ventana y se rompió la cabeza, hubiese podido como las codornices que cazábamos volar desde allí y refugiarse en la Isla-Bella, isla pequeña del Sena, *Coturnix per stipulas pascens!*

Al otro lado de ese Sena, no lejos del Marais, madame de Vintimille me presentó á Meneville. Meneville era un oasis emanado de la sonrisa de una musa, pero de una de esas musas que los poetas gaulas llamaban *doctas hadas*. Allí fueron leídas las *Aventuras de Blanca y de Velleda* ante generaciones elegantes, que escapándose unas de otras, como las flores, escuchan hoy las quejas de mis años.

Poco á poco mi inteligencia, fatigada del reposo en mi retiro de Miromesnil, vió aparecer lejanos fantasmas. *El Genio del cristianismo* me inspiró la idea de hacer la prueba de esta obra, mezclando personajes cristianos á personajes mitológicos. Una sombra que

mucho tiempo despues llamé Cymodocea se dibujó vagamente en mi imaginación, aunque todavía sin perfiles bien marcados. Comprendida una vez Cymodocea, me encerré con ella, como tengo siempre costumbre de hacerlo con las hijas de mi imaginación; pero antes de que estas salgan del estado de sueño, y antes de que hayan pasado desde las orillas del Leteo por las puertas de marfil, cambian de forma muchas veces. Si las creo por amor, las destruyo por amor, y el objeto querido que doy á luz es el producto de mil infidelidades.

Solo un año habité en la calle de Miromesnil, porque fue vendida la casa que yo ocupaba. Arregléme despues con la señora marquesa de Coislin, quien me alquiló el sotabanco de su palacio en la plaza de Luis XV.

MADAMA DE COISLIN.

Madama de Coislin era una señora de modales muy distinguidos: contaba muy cerca de ochenta años, y sus ojos orgullosos y dominantes tenían una singular expresión de talento y de ironía. Mad. de Coislin carecía de ciencia, de lo cual se vanagloriaba; habia atravesado el siglo volteriano sin saberlo, y si alguna idea habia tenido de él, se redujo á considerarle como una época de cultura popular. No es esto decir que ella hablase nunca de su nacimiento; tenia demasiado talento para incurrir en el ridículo: sabia tratar á sus inferiores sin avergonzarse; pero nunca podia olvidar que era hija del primer marques de Francia. Aunque descendía de Drogon de Nesle, muerto el 1096 en Palestina, de Raoul de Nesle, condestable, y armado caballero por Luis XI, y de Juan II de Nesle, regente de Francia durante la última cruzada de San Luis, Mad. de Coislin decía que esto era una necedad de la fortuna, de que ella no podia hacerse responsable; pertenecía naturalmente á la corte, como otras mas felices pertenecen á la calle; lo mismo que hay yeguas de raza y matalonas de fiacre: no podia hacer nada contra aquel acaso de la fortuna, y le era preciso soportar el mal con que el cielo habia querido castigarla.

¿Estuvo Mad. de Coislin en relaciones con Luis XV? Esto fue lo que nunca me confesó; convenia, sin embargo, en que habia sido muy amada, pero siempre pretendió haber tratado con sumo rigor al real amante: «Le vi muchas veces á mis piés, decía, y confieso que tenia unos ojos encantadores y un lenguaje seductor. Me propuso un día regalarme un neceser de porcelana, como el que tenia Mad. de Pompadour.— ¡Ah, señor! exclamé; ¿seria para ocultarme debajo de él?»

Por una singular casualidad vi yo aquel neceser en casa de la marquesa de Cuningham, en Londres; habia sido regalo de Jorge IV, y me lo enseñaba con la mas encantadora sencillez.

Mad. de Coislin ocupaba en su palacio una habitación que se abría bajo la columnata que corresponde á la columnata del guarda-muebles. Dos marinas de Vernet, que Luis *el muy amado* habia regalado á la noble dama, estaban clavadas sobre una antigua tapicería de raso verde. Mad. de Coislin permanecía hasta las dos en su cama de cortinas igualmente verdes, incorporada y recostada sobre almohadas. Una especie de cofia de noche mal prendida á su cabeza dejaba escapar algunos cabellos grises. Enormes arracadas de diamantes montados á la antigua caían sobre las hombreras de su sobretodo de cama, sembrado de tabaco como en tiempo de los elegantes de la Fronza. A su alrededor y entre la colcha veíanse esparcidos confusamente una porción de sobres separados de sus cartas, sobre los cuales Mad. de Coislin escribía en todos sentidos sus pensamientos: nunca compraba papel, porque la proveía de él el correo. De vez en cuando, una perrita, llamada Lili, sacaba el hocico

por bajo de las sábanas, me ladraba por espacio de cinco ó seis minutos, y se volvía á esconder bajo la ropa. A este estado habian reducido los años á la jóven amante de Luis XV.

Mad. de Chateauroux y sus dos hermanas eran primas de Mad. de Coislin; esta no hubiera tenido la misma calma que Mad. de Mailly, arrependida y cristiana, cuando respondió á un hombre que la insultaba en la iglesia de San Roque con un dictado poco decoroso: —«Amigo mio, puesto que me conocéis, rogad á Dios por mí.»

Mad. de Coislin, avara como lo son muchas personas de talento, amontonaba el dinero en sus cofres. Vivía roida por este vicio; cuando se hallaba ocupada en el arreglo de sus interminables cuentas, parecíame estar viendo el avaro Hermócrates, que, dictando su testamento, se nombraba á sí mismo por heredero. A pesar de esto, tenía de vez en cuando convidados á su mesa; pero siempre echaba pestes contra el café, que á nadie gustaba, segun decia, y que no tenía otro objeto que el de prolongar la comida.

Mad. de Chateaubriand hizo un viaje á Vichy con Mad. de Coislin y el marqués de Nesle; el marqués se adelantaba siempre una jornada, y hacia preparar buenas comidas; pero Mad. de Coislin despues no pedía mas que una media libra de cerezas. Al salir le presentaban una cuenta enorme, y entonces era ella: la buena señora decia que solo habia tomado unas cerezas, y el posadero sostenia que en las posadas se acostumbraba pagar la comida, que se comiese ó que no.

Mad. de Coislin tenía una religion á su modo; crédula é incrédula, la falta de fe la hacia burlarse de creencias cuya supersticion le causaba miedo. Encontróse una vez con Mad. de Krudner; la misteriosa francesa no se hallaba iluminada sino á beneficio de inventario; no agradó á la ferviente rusa, la que tampoco le agradó á ella. Mad. de Krudner dijo á Mad. de Coislin: —«Señora, quién es vuestro confesor interior?— Señora, respondió Mad. de Coislin; no conozco á mi confesor; sé únicamente que mi confesor está en el interior de su confesonario.» Y aqui se separaron ambas mujeres para no volverse á ver.

Mad. de Coislin se vanagloriaba de haber introducido una novedad en la corte: la moda de los rizos flotantes al cuello, contra la voluntad de la reina María Leczinska, mujer muy piadosa, que se oponía á esta peligrosa innovacion. Sostenia que en otro tiempo una persona de cierta categoría jamás se hubiera acordado de pagar al médico. Hablaba contra la abundancia de ropa blanca en las mujeres: —«Eso es de señoras de ayer, decia; nosotras las señoras de la corte solo tenemos dos camisas, que renovábamos conforme se iban usando; íbamos vestidas con trajes de seda, y no teníamos aire de grisetas, como las señoritas de hoy dia.»

Mad. Suard, que vivía en la calle Real, tenía un gallo, cuyo canto importunaba á Mad. de Coislin, tanto, que esta escribió á aquella: «Señora, mandad que corten la cabeza á vuestro gallo.» Mad. Suard devolvió la respuesta siguiente: «Señora, tengo el honor de contestaros que de ninguna manera haré cortar la cabeza á mi gallo.» No pasó de aqui la correspondencia; pero Mad. de Coislin dijo á Mad. de Chateaubriand: —«¡Dios mio; qué tiempos hemos alcanzado! ¡Y esa mujer es la hija de Pankoucke, la esposa de ese miembro de la Academia! Ya sabéis quien digo.»

Mr. Henin, antiguo empleado en el ministerio de Negocios Extranjeros, y enfadoso como un protocolo, zurcía algunas malas novelas. Leyendo cierto dia á madama de Coislin una descripción en que una amante llorosa y abandonada pescaba melancólicamente un salmon, la marquesa, que no era aficionada á este pescado, interrumpió al autor, diciéndole con un tono

muy serio, que le sentaba tan bien: —«Mr. Henin, ¿no podríais hacer que esa enamorada pescase otro pez?»

Las anécdotas que refería Mad. de Coislin no podían retenerse en la memoria, por que no tenían fondo alguno; toda su belleza consistía en la pantomima, en el acento y la expresion de la narradora, y nunca se la veía reír. La oí un diálogo entre Mr. y Mad. Jacqueminot, en que estaba inimitable. Cuando en la conversacion entre ambos esposos, Mad. de Jacqueminot decia: —«¡Pero Mr. Jacqueminot!» este nombre era pronunciado de una manera tal, que no podía uno menos de soltar la carcajada. Mad. de Coislin entre tanto esperaba gravemente á que concluyese la risa, y tomaba un polvo.

Leyendo en un periódico la muerte de muchos reyes, quitóse los anteojos, y dijo sonándose: —«Se ha declarado una epizootia entre los animales coronados.»

En el momento en que se hallaba próxima á abandonar el mundo, decia no sé quién á la cabecera de su cama que nadie sucumbía sino por su culpa, y que si siempre se estuviera en guardia contra el enemigo, nadie se moriria: —«Lo creo, dijo Mad. de Coislin; pero temo mucho padezca una distraccion.» Y poco despues espiró.

Al dia siguiente bajé á su casa; hallé en ella á monsieur y Mad. de Avaray, su hermana y su cuñado, sentados delante de la chimenea, que sobre una pequeña mesa contaban una porcion de luises que habian sacado de un escondrijo, encerrados en un gran saco. La pobre difunta estaba allí cerca en su cama y con las cortinas medio descorridas: ya no oía el ruido del oro, que hubiera debido despertarla, y que contaban aquellas manos fraternales.

Entre los pensamientos escritos por aquella señora al márgen de los impresos ó en los sobres de las cartas, hay algunos muy ingeniosos. Mad. de Coislin me habia hecho ver lo que quedaba aun de la corte de Luis XV en tiempo de Bonaparte y despues de Luis XVI, así como Mad. de Houdelot me hizo conocer los restos existentes aun en el siglo XIX de la sociedad filosófica.

VIAGE Á VICHY, Á LA AUVERNIA Y Á MONT-BLANC.

En el verano del año 1805 marché á reunirme con Mad. de Chateaubriand en Vichy, adonde la habia llevado Mad. de Coislin como he dicho antes. No encontré allí á Jussac, á Termes, ni á Flamarin, á quienes Mad. de Sevigné habia llevado delante y detrás de sí en 1677; había mas de ciento veinte años que dormían. Dejé en París á mi hermana, Mad. de Caud, que estaba establecida allí desde el otoño de 1804. Despues de una corta estancia en Vichy, Mad. de Chateaubriand me propuso que viajásemos para alejarnos por algun tiempo de los enredos políticos.

En mis obras se han intercalado dos viajes que yo hice entonces á la Auvernia y al Mont-Blanc. Despues de treinta y cuatro años de ausencia, hombres que no me conocían me dieron en Clermont la acogida que se da á un antiguo amigo. El que se ha ocupado mucho tiempo de los principios de que goza la raza humana en comunidad, tiene amigos, hermanos y hermanas en todas las familias. Para los que se han dejado arrastrar por el renombre y que nunca os han visto, siempre sois el mismo; para ellos siempre tenéis la edad que os han supuesto; su entusiasmo, que no decae con vuestra presencia, os mira siempre jóven y hermoso, como los sentimientos que admiran en vuestros escritos.

Cuando era yo niño, allá en Bretaña, y oía hablar de la Auvernia, figurábame que era este un país muy lejano, donde se veían cosas extraordinarias, adonde no se podía ir sino corriendo gran riesgo, y caminan-

do bajo la salvaguardia de la Santa Virgen. Nunca puedo mirar sin una especie de tierna curiosidad á esos jóvenes auverneses que van á buscar fortuna por el mundo con una pequeña caja de abeto. Ellos no tienen otra cosa que la esperanza dentro de su caja al bajar de sus rocas: ¡dichosos de ellos si la vuelven á llevar á su país!

¡Ay! no hacía aun dos años que Mad. de Beaumont reposaba en las orillas del Tiber cuando yo recorrí su tierra natal en 1805; hallábame solo, á algunas leguas de Mont-d'Or, adonde habia ella venido á buscar la vida, que alargó únicamente lo bastante para llegar á Roma. El verano pasado, en 1838 recorrí otra vez esa misma Auvernia. Entre estas dos fechas, 1805 y 1838, puedo colocar las transformaciones acaecidas en la sociedad alrededor de mí.

Dejamos á Clermont, y dirigiéndonos á Lyon, atravesamos á Thiers y Roanne. Este camino, poco frecuentado entonces, seguía las riberas del Lignon. El autor de la *Astrea*, que no es un talento superior, ha inventado, sin embargo, sitios y personajes que viven: ¡tanto es el poder creador de una ficcion acomodada á la edad en que aparecen! Hay ademas algo de ingenioso y de fantástico en aquella resurreccion de las ninfas y de las nayades que se mezclan con los pastores, con las señoras y con los caballeros: estos diversos mundos se asocian bien, y se presentan de una manera agradable las fábulas de la mitología unidas á las mentiras de la novela: Rousseau cuenta cómo fue engañado por Urfé.

En Lyon volvimos á encontrar á Mr. Ballanche; hizo con nosotros el viaje á Génova y á Mont-Blanc. Iba á todas partes donde le llevaban, sin que tuviese que evacuar negocio alguno en ellas. En Génova no fui recibido á la puerta de la ciudad por Clotilde, prometida de Clodoveo. Mr. de Barante, padre, habia sido nombrado prefecto de Lemán. En Coppet fuí á ver á Mad. de Staël; la hallé sola, encerrada en su palacio. La hablé de su fortuna y de su soledad como de un medio precioso para hallar la felicidad; pero no le agradaron mis palabras. Mad. de Staël gustaba del gran mundo: juzgábase la mas desgraciada de las mujeres en un destierro que hubiera hecho toda mi felicidad. ¿Podía yo por ventura vislumbrar la desgracia en la vida de aquella mujer, que habitaba en sus haciendas, rodeada de todas las posibles comodidades?

¿Qué comparacion podia haber entre aquella vida pacífica, llena de gloria, pasada en un suntuoso retiro, á la vista de los Alpes, y los millares de víctimas sin pan, sin nombre, sin proteccion, desterrados en todos los puntos de Europa, en tanto que sus parientes habian perecido en el cadalso? Doloroso es hallarse atacado de una enfermedad que desconocen todos. Esta enfermedad, sin embargo, no es por eso menos activa: no se la alivia comparándola con otras; nadie puede ser juez competente del dolor ajeno; lo que aflige á uno consuela á otro; los corazones tienen secretos diversos, incomprensibles á los demás corazones. No disputemos á nadie sus padecimientos; hay dolores lo mismo que patrias; cada uno tiene la suya.

Mad. de Staël visitó al dia siguiente á Mad. de Chateaubriand en Ginebra, y despues salimos para Chamouny. Mi opinion sobre los paisajes de las montañas hizo decir que yo trataba de singularizarme, lo cual no es cierto, á fe mia.

Ya se verá, cuando hable de Saint-Gothard, que esta opinion ha sido siempre la misma. En el viaje á Mont-Blanc se lee un pasaje, que debo recordar, por ser un lazo que une los acontecimientos pasados de mi vida á los entonces futuros, hoy pasados tambien.

«Solo hay una circunstancia en que es cierto que las montañas hacen olvidar los sinsabores de la tierra, y es la que nos aleja del mundo para consagrarnos á

la religion. Un anacoreta que se consagra al servicio de la humanidad; un santo que quiere meditar en silencio sobre la grandeza de Dios, pueden hallar la paz y la alegría en medio de las rocas desiertas; pero no es la tranquilidad de los lugares la que pasa entonces al alma de estos solitarios, sino, por el contrario, su alma es la que esparce la calma en la region de las tempestades.

Hay montañas que visitaría yo con un singular placer: estas son las de la Grecia y de la Judea. Me complacería en recorrer los sitios que mis nuevos estudios me obligan diariamente á conocer; iría de buena gana á buscar sobre el Tabor y el Taygeto nuevos colores y nuevas armonías, despues de haber diseñado los montes sin prestigio y los valles desconocidos del Nuevo-Mundo.» Esta última frase anunciaba el viaje que hice en el siguiente año de 1806.

A nuestra vuelta á Ginebra, que la hicimos sin poder volver á ver á Mad. de Staël, hallamos todas las posadas llenas de gente. Sin las atenciones de Mr. de Forbin que nos procuró una mala comida en una mala habitacion, hubiéramos tenido que abandonar la patria de Rousseau sin tomar un solo bocado. Mr. de Forbin gozaba entonces de una perfecta beatitud: rebosaba en sus ojos la felicidad interior, y sus piés no tocaban á la tierra. En alas de su talento y de su gloria descendía de la montaña como del cielo con su traje de pintor, con la paleta en la mano y sus pinceles en forma de carcaj. Hombre honrado, aunque excesivamente dichoso, preparándose á imitarme algun dia cuando emprendiese el viaje de Siria, y aun queriendo ir hasta Calcuta, para hacer venir los amores por un camino extraordinario cuando se gastasen en las trilladas sendas. Sus ojos brillaban con una protectora compasion: yo era pobre, humilde; estaba poco satisfecho de mí mismo, y no tenía á mi disposicion el corazón de las princesas. En Roma tuve el honor de pagar á Mr. Forbin su comida del lago: habia yo merecido la honra de ser embajador. En estos tiempos se ve sobre el trono por la tarde al pobre vergonzante que por la mañana se abandonó en medio de la calle.

El noble caballero pintor, á nombre de la revolucion, empezaba esa nueva generacion de artistas, que se presentan en forma de croquis, de caprichos y de caricaturas. Los unos llevan espantosos vigotes, y diríase que iban á hacer la conquista del mundo. Sus brochas son las lanzas, sus raspadores son sus sables; los otros van rebizados en interminables barbas y entre largos y enmarañados cabellos, y fuman un cigarro á manera de un volcan. Estos *mosquitos del arco iris*, como dice nuestro antiguo Regnier, tienen la cabeza llena de diluvios, de mares, de rios, de selvas, de cataratas, de tempestades, de escenas sangrientas, de suplicios y de cadalsos. En su casa se ven cráneos humanos de duelistas, de trovadores, de capitanes y de soldados. Habladores, emprendedores, impoliticos, liberales (hasta en los retratos del tirano que pintan), procuran formar una especie aparte entre el mono y el sátiro; tratan de dar á entender que los secretos del taller tienen sus peligros, y que no hay en él seguridad para los modelos. ¡Pero á qué precio compran aquella posicion! Al precio de una existencia inquieta, de una naturaleza débil y sensible; de una completa abnegacion; de una esclavitud á las miserias de las almas; de un modo de sentir delicado, superior, idealista; de una indigencia orgullosamente aceptada y noblemente soportada alguna vez, en cambio de su talento inmortal, hijo del trabajo, de la pasion, del genio y de la soledad.

Salimos de Ginebra de noche para volver á Lyon, y fuimos detenidos al pié del fuerte de la Escluse, esperando á que abrieran las puertas. Durante esta parada de las brujas de Macbeth sobre los brazos, pasó

en mí una cosa extraordinaria. Mis años pasados resucitaban, y me rodeaban como un círculo de fantasmas; mis épocas de pasión volvíanme á presentar con su ardor y su tristeza. Mi vida, destrozada por la muerte de Mad. de Beaumont, había quedado vacía: formas aéreas, hurís ó sueños, saliendo de este abismo, me tomaban por la mano y me volvían á conducir al tiempo de la sílfide. Trasládabanme lejos del sitio que ocupaba, y veía otros horizontes. Una influencia secreta me impelia hácia las regiones de la aurora, adonde por otra parte me arrastraba el plan de mi nuevo trabajo y la voz religiosa que me relevó del voto de la aldeana, mi nodriza. Como todas mis facultades habían tomado un notable incremento; como nunca había abusado de la vida, abundaba esta en la savia de mi inteligencia, y el arte, triunfando dentro de mi naturaleza, se unía á mis poéticas inspiraciones. Sentía lo que los padres de la Tebaida llaman *ascensiones* del corazón. Rafael (perdónesele lo blasfemo de la comparación); Rafael, ante la trasfiguración, diseñada únicamente sobre su caballete, no se hallaba tan electrizado por su obra maestra como lo estaba yo por Eudoro y Cimodocea, personajes cuyos nombres ignoraba aun, y cuya imagen entreveía á través de una atmósfera de amor.

De esta manera el genio nativo que me ha atormentado en la cuna vuelve á veces á reproducirse después de haberme abandonado; de este modo se renuevan mis antiguos sufrimientos; ningún dolor se apaga en mí por completo; si mis heridas se cierran un instante, se renuevan repentinamente como las de los crucifijos de la edad media, que destilaban sangre en el aniversario de la Pasión. No me queda otro recurso para atenuar estas crisis que dar un libre curso á la fiebre de mi pensamiento lo mismo que se abren las venas cuando la sangre afluye al corazón ó sube á la cabeza. ¿Pero qué digo? ¡Religion! ¿Dónde se halla tu poder, tus leyes, tu bálsamo? ¿No escribo todo esto muchos años después de escritas las páginas de *René*? ¡Tenía mil razones para creerme muerto, y vivo aun! ¡Gran bondad es esa! Estas aflicciones del poeta aislado, condenado á sufrir la primavera á despecho de Saturno, son desconocidas al hombre que no sale de las leyes comunes: para él los años son siempre jóvenes. «Los cabritillos monteses, dice Oppiano, velan por el autor de sus días; cuando este llega á caer en las redes del cazador, ellos le presentan con su boca la yerba tierna y florida que van á coger muy lejos, y le traen en el borde de sus labios agua fresca del mas cercano arroyo.»

VUELTA Á LYON.

De vuelta á Lyon, me encontré con cartas de monsieur Joubert; anunciábame en ellas su imposibilidad de ir á Villeneuve antes del mes de setiembre. Yo le contesté: — «Vuestra salida de París se halla demasiado lejana, y lo siento mucho; ya conoceis que mi esposa no querrá por ningún estilo llegar á Villeneuve antes que vos; tiene una cabeza á su modo, y desde que se halla á mi lado, me encuentro á la cabeza de dos cabezas muy difíciles de gobernar. Permaneceremos en Lyon, donde nos hacen comer tan bien, que apenas tengo valor suficiente para abandonarle. El abate de Bonnevie se halla aquí de vuelta de Roma, y está muy bueno; siempre alegre, sermonea, y no se acuerda de sus desgracias; me encarga os envíe un abrazo suyo, y se dispone á escribiros. En fin, todo el mundo se halla alegre, excepto yo; únicamente vos sois el regañón. Decid á Mr. de Fontanes que he comido en casa de Mr. Saget.»

Este Mr. Saget era la providencia de los canónigos: vivía cerca de Sainte-Foix, en la religion del buen vino. Se subía á su casa sobre poco mas ó menos por

el sitio en que Rousseau había pasado la noche á orillas del Saone.

«Me acuerdo, dice, de haber pasado una noche deliciosa fuera de la ciudad, sobre un camino que costea el Saone. Una cordillera de jardines bordeaba el camino por el lado contrario del río: había hecho aquel día un calor excesivo; la noche estaba hermosa, y el rocío humedecía la florida yerba; no se movía viento alguno, y la noche estaba tranquila y la atmósfera fresca, sin ser fría; el sol, después de puesto, había dejado sobre el cielo vapores rojizos, que reflejaban sobre el agua, matizándola de ráfagas de color de rosa. Los árboles estaban poblados de ruiseñores, que se contestaban unos á otros. Paseábame con una especie de éxtasis, entregando mis sentidos y mi corazón al goce de todo esto, y suspirando únicamente por el disgusto de disfrutarlo á solas. Absorto en mis agradables ensueños, prolongué mi paseo hasta muy entrada la noche, sin notar que estaba cansado. Conocílo por fin; recosteme voluptuosamente sobre una puertecilla de una cerca; el cielo de mi cama estaba formado por las copas de los árboles; un ruiseñor se hallaba justamente sobre aquellas copas: me dormí arrullado por su canto; mi sueño fue dulce; el momento de despertar lo fue aun mas. Era ya muy entrado el día, y mis ojos al abrirse vieron el agua, el verdor y un paisaje admirable.»

Con el encantador itinerario de Rousseau en la mano podía llegarse hasta la casa de Mr. Saget. Este viejo y delgado solteron, casado en otro tiempo, llevaba una gorra verde, una levita de camelote gris, un pantalón de nankin, medias azules y zapatos de castor.

Había vivido mucho tiempo en París, donde había estado en relaciones con Mlle. Devienne. Esta le escribía cartas muy espirituales, le saqueaba y le daba muy buenos consejos: él no hacía caso, porque nunca miraba el mundo por el lado serio, creyendo, al parecer, como los mejicanos, que el mundo había gastado ya cuatro soles, y que en el último (que es el actual) los hombres habían sido cambiados en monos. No se cuidaba del martirio de San Pothin y de San Ireneo, ni de la degollación de los protestantes colocados uno al lado de otro por orden de Mandelot, gobernador de Lyon, y que todos tenían cortado el cuello de un mismo lado. Frente á frente del campo de los fusilamientos de los Broteaux me contaba los detalles en tanto que se paseaba por entre sus cepas, intercalando su narración con algunos versos de Loyse Labbé: no hubiera dejado de tomar un solo bocado durante las últimas desgracias de Lyon en tiempo de la cartaverdad.

En ciertas épocas aparecía en su mesa una cierta cabeza de ternera marina por espacio de cinco noches, cocida en vino de Madera y rellena de cosas muy apetitosas. Algunas muchachas del campo, muy lindas, servían á la mesa, propinando excelente vino de su cosecha, encerrado en frascos de lajcabida de tres botellas. Yo, y el capítulo de señores, nos inclinábamos ante el festín Saget.

Nuestro anfitrión dió pronto fin á sus provisiones: en la ruina de sus últimos momentos fue recogido por dos ó tres antiguas queridas que habían saqueado su vida, «especie de mujeres, dice San Cipriano, que viven como si pudiesen ser amadas, *quæ sic vivit ut possit adamari.*»

VIAJE Á LA GRAN CARTUJA.

Nos arrancamos á las delicias de Capua para ir á visitar la Cartuja, siempre con Mr. Ballanche. Alquilamos una carretela, cuyas ruedas remendadas hacían un ruido espantoso. Llegados á Voreppe, nos detuvimos en una posada en lo mas alto de la ciudad. Al si-

guiente día, al amanecer montamos á caballo, y salimos precedidos de un guía. En el pueblo de San Lorenzo, al pié de la Gran Cartuja, atravesamos la puerta del valle, y seguimos por entre las rocas el camino que sube al monasterio. Os he hablado ya, á propósito de Combourg, de lo que espermenté en aquel sitio. Edificios abandonados se veían aquí y allí bajo la vigilancia de un guarda de ruinas. Un pobre hombre había permanecido en aquellos lugares para cuidar á un solitario enfermo que acababa de morir: la religion había impuesto á la amistad la fidelidad de la obediencia. Vimos la estrecha sepultura cubierta recientemente: Napoleon, al mismo tiempo, se preparaba á abrir otra sepultura inmensa en Austerlitz. Nos enseñaron el convento, las celdas, cada una de las cuales tenía un jardín y un taller. Véanse allí bancos de tornero y tornos: la mano había dejado escapar el buril. Una galería presentaba los retratos de los superiores de la Cartuja. El palacio ducal en Venecia conserva la sucesión de los *ritratti* de los dux; ¡sitios y recuerdos distintos! Mas allá nos condujeron á la capilla del recluso inmortal, de Le Sueur.

Después de haber comido en una gran cocina, volvimos á ponernos en marcha, y nos encontramos á Mr. Chaptal llevado en un palanquin como un rajáh, boticario en otro tiempo, después senador, luego propietario de Chanteloup é inventor del azúcar de remolacha, ávido heredero de las bellas rosas indianas de Sicilia, perfeccionadas por el sol de Otahiti. Al volver á bajar por las selvas, hallaba pensando á los antiguos cenobitas. Por espacio de siglos enteros se ocuparon en llevar sobre sus hombros plantas de abeto cubiertas de tierra, que después se han convertido en árboles sobre las rocas. ¡Felices vosotros, que cruzásteis el mundo sin ruido, y que no volvísteis la cabeza hácia él en vuestra travesía!

Apenas llegamos á la puerta del Valle, cuando estalló una tempestad; precipitábase un diluvio sobre aquellas rocas, y torrentes de agua salían de todos los barrancos. Mad. de Chateaubriand, á quien daba alas el miedo, galopaba por encima de los guijarros: y en medio de los relámpagos y de la lluvia había arrojado su paraguas para oír mejor los truenos; el guía le gritaba: — «¡Encomendad vuestra alma á Dios! En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.» Llegamos á Voreppe con repique de campanas; los restos de la tempestad estaban ante nuestros ojos. Véase de lejos el incendio de un pueblo, y la luna asomaba la parte superior de su disco por cima de las nubes, como la pálida y calva frente de San Bruno, fundador de la orden del silencio. Mr. Ballanche, empapado por la lluvia, decía con su inalterable tranquilidad: — «Estoy como el pez en el agua.» En este año de 1838 he vuelto á ver á Voreppe; ya no había tempestad, pero me quedan dos testigos, Mad. de Chateaubriand y Mr. Ballanche.

De vuelta á Lyon, dejamos allí á nuestro compañero, y marchamos á Villeneuve. Os he referido ya lo que era esta pequeña ciudad, mis paseos y mis recuerdos á orillas del Jonne con Mr. Joubert. Vivían allí tres viejas solteronas, las señoritas de Piat; me recordaban las tres amigas de mi abuela en Plancouet, con la sola diferencia de posición social. Las vírgenes de Villeneuve murieron sucesivamente, y me acuerdo de ellas á la vista de los escalones cubiertos de yerba que hay á la puerta de su casa deshabitada. ¿Qué decían en sus tiempos estas señoritas de aldea? Hablaban de un perro y de un manguito que su padre las había comprado en otro tiempo en la feria de Sens. Esto me entretenía tanto como el concilio de esta misma ciudad, en que San Bernardo hizo condenar á Abelardo, mi compatriota. Las vírgenes del manguito, ¿eran tal vez otras tantas Eloisas? ¡Algun día tal vez tuvieron amores, y sus cartas, balladas algún día, admirarán al porvenir! ¿Quién sabe? Quizá escribían á su señor, á su

padre, á su hermano, á su esposo: «domino suo imo patri, etc.» que se creían honradas con el nombre de amiga, con el de *querida ó cortesana, Concubina vel scorti.* «Con todo su saber, dice un grave doctor, encuentro que Abelardo hizo una admirable locura cuando sobornó de amor á Eloisa su discípula.»

MUERTE DE MADAMA DE CAUD.

Esperábame en Villeneuve un gran sentimiento. Para poderlo contar preciso es trasladarnos á algunos meses antes de mi viaje á Suiza. Ocupaba aun la casa de la calle de Miromesnil, cuando en el otoño de 1804 vino Mad. de Caud á París. La muerte de Mad. de Beaumont acabó de alterar la razón de mi pobre hermana; poco era menester para que no creyese en esta muerte, para que sospechase que había algún misterio en aquella desaparición, y para que colocase al cielo en el número de enemigos que se complacían en sus desgracias. Ya en aquella época na a poseía; habíale yo escogido una habitación en la calle de Caumartin, engañándola con respecto al precio de alquiler, y también sobre los gastos de su comida, ajustándome con un fondista. Como una llama próxima á extinguirse, su imaginación despedía una vivísima luz, que la iluminaba enteramente. Trazaba algunos renglones que arrojaba después al fuego, ó bier. copiaba de los libros algunas páginas que se hallaban en armonía con la situación de su alma. No permaneció mucho tiempo en la calle de Caumartin; se fué á vivir á las monjas de San Miguel, calle del barrio de San Jacobo: Mad. de Navarra era la superiora del convento. Lucila tenía una pequeña celda que daba sobre el jardín: repetidas veces noté que seguía con la vista y con cierta expresión de lúgubre deseo á las religiosas que se paseaban en el cercado por entre los cuadros de hortaliza. Adivinábase en aquella mirada la envidia de la santa, que la hacía aspirar á ser ángel. No puedo menos de santificar estas *Memorias*, conservando en ellas, á modo de reliquias, estas cartas de Mad. de Caud, escritas antes de tomar vuelo hácia su patria inmortal.

17 de enero.

«Tenía yo puesta mi felicidad en tí y en Mad. de Beaumont: me libraba con vuestro recuerdo de mi fastidio y de mis penas; mi única ocupación era la de amaros. Pero esta noche he reflexionado maduramente sobre tu carácter y sobre tu modo de ser. Como tú y yo nos hallamos siempre vecinos, es menester, al menos así lo creo, mucho tiempo para conocerme: ¡tantos y tan diversos son los pensamientos que ocupan mi cabeza! ¡Y tanto mi timidez y mi especie de debilidad exterior se halla en oposición con mi fuerza interior! Demasiado has hecho por mí. Ilustre hermano mio, recibe mi mas sincero reconocimiento por las muestras de amistad que no has cesado de darme. Esta es la última mia que recibirás hoy por la mañana. Por mas que haya querido hacerte partícipe de mis ideas, no por eso quedan en mí con menos integridad.»

Sin fecha.

¿Crees efectivamente, amigo mio, que me hallo al abrigo de la impertinencia de Mr. de Chenedolle? Me hallo decidida á invitarle á no continuar sus visitas, y me resigno á que la del martes sea la última. No quisiera, sin embargo, ofender su cortesía. Cierro para siempre el libro de mi destino con el sello de la razón; no consultaré mas sus páginas ni para bagatelas ni para las cosas importantes de la vida. Renuncio á todas mis locas ideas; no quiero ocuparme ni afligirme de las de nadie; me entregaré á discreción

á todos los acontecimientos de mi tránsito por este mundo. ¡Oh, cuánto siento el ocupar tanto la imaginación sobre mí! De aquí en adelante Dios no puede castigarme sino en tí. Le doy gracias del precioso y querido don que me ha hecho de tu persona, y por haber conservado mi vida sin tacha: estos son todos mis tesoros. Podría tomar por emblema de mi vida á la luna, envuelta en una nube con esta divisa: «Oscurificada muchas veces; empañada nunca.» Adios, amigo mio. Te admirarás de la variación de mi lenguaje de ayer á hoy. Despues de haberte visto, mi corazón se ha alzado á Dios, y le he colocado íntegro al pié de la cruz, que es su único y verdadero lugar.

Hoy jueves.

«Buenos días, amigo mio. ¿De qué color son tus ideas de hoy por la mañana. En cuanto á mí, me hallaba ahora pensando en que la única persona capaz de aliviar mis penas cuando temía por la vida de Mad. de Tarcy, era la que me dijo:

—«Está en el orden de las cosas posibles el que murais antes que ella. ¡Oh, qué bien me comprendía! Solo la idea de la muerte puede tranquilizarme por mi porvenir. Me apresuro á dejarte en paz por hoy, pues me siento con deseo de decir cosas muy buenas. Buenos días, querido hermano. Consérvate dichoso.»

Sin fecha.

«Cuando Mad. de Tarcy existía, hallándome siempre á su lado, no había conocido la necesidad de tener que asociar mis sentimientos á los de nadie; poseía aquel bien sin conocerlo. Pero desde que hemos perdido esta amiga, y desde que las circunstancias me han separado de tí, comprendo el suplicio de no poder desahogar y refrescar mi imaginación en la conversación de alguien; conozco que mis ideas me hacen daño cuando no puedo desembarazarme de ellas, y esto depende seguramente de mi mala organización. Con todo, me hallo bastante satisfecha de mi valor desde ayer: no he hecho caso de mis penas ni de la especie de desfallecimiento interior que experimento. Me hallo mucho mas descansada. Continúa siendo siempre cariñoso conmigo: eso será una prueba de humanidad. Adios, amigo mio. Espero me escribas muy pronto.»

Sin fecha.

«No pases cuidado, amigo mio. Mi salud se restablece visiblemente. Muchas veces me pregunto á mí misma por qué me tomo tanto cuidado por ella. Soy como un loco que edificase una fortaleza en medio de un desierto. Adios, mi querido hermano.»

Sin fecha.

«Como sufro mucho de la cabeza esta noche, no he hecho mas que copiar al acaso algunos pensamientos de Fenelon para cumplir mi compromiso.

—»Nunca está uno mas estrecho que cuando se encierra dentro de sí mismo. Por el contrario, nunca se ve uno mas á sus anchas que cuando sale de esta prision para penetrar en la inmensidad de Dios.

—»Pronto hallaremos lo que hemos perdido, porque continuamente nos aproximamos á ello á todo correr. Un paso mas, y ya no tendremos nada que llorar. Nosotros somos los que morimos; lo que amamos no muere nunca.

—»Pretendeis auxiliarnos con fuerzas engañosas, tales como las que presta la fiebre ardiente al enfermo. Nótese en vos desde hace algunos días un esfuerzo convulsivo para mostrar valor y alegría en medio de la agonía.

»Esto es cuanto mi cabeza y mi mala pluma me per-

miten escribirte por hoy. Si quieres, mañana volveré á empezar mi trabajo, y te diré mas cosas. Buenas noches, amigo mio. No me cansaré de repetirte que mi corazón se inclina respetuosamente ante el de Fenelon, cuya ternura me parece tan íntima, y cuya virtud creo tan elevada. Adios, amigo mio.

»Al despertar te envío mil afectos y te bendigo cien veces. Estoy muy bien hoy por la mañana, y me inquieta el saber si podrás leer lo que he escrito, y si estos pensamientos de Fenelon te parecen bien elegidos. Temo que mi corazón haya perjudicado á mi criterio.»

Sin fecha.

«¿Podrás creer que desde ayer me ocupo únicamente en corregirte? Los Blossac me han confiado con el mayor secreto un romance tuyo. Como encuentro que en este romance no has sacado todo el partido que podías de tus ideas, me entretengo en explicarlas en toda su fuerza. ¿Puede llevarse mas lejos la osadía? Perdonadme, hombre grande, y acordaos de que soy vuestra hermana, y de que me se debe tolerar que abuse un poco de vuestras riquezas.»

San Miguel.

«No volveré á decirte que no vengas á verme, porque no quedando mas que unos cuantos días que pasar en París, conozco que tu presencia me es esencial. No vayas hasta despues de las cuatro, pues no podré hallarme en casa hasta esa hora. Amigo mio, tengo en mi cabeza mil ideas contra victorias de cosas que me parecen existir y no existir, que me hacen el efecto de objetos visibles únicamente en un espejo, y de cuya realidad no puede uno asegurarse despues, aunque se les ve distintamente. Pero no quiero ocuparme de estas cosas; desde este momento me abandono enteramente. No tengo, como tú, el recurso de cambiar de rio; pero me siento con fuerzas para no dar importancia ninguna á las personas y á las cosas de mi ribera, y para fijarme entera é irrevocablemente en las alturas de la justicia y de la verdad. Un solo temor es el que me ocupa; el de tropezar al pasar y sin querer con el destino de algun otro, y esto no á causa del interés que pudiera tomar por mí, pues no soy lo suficientemente loca para creer en semejante cosa.»

San Miguel.

«Amigo mio: Nunca el sonido de tu voz me ha causado tanto placer como cuando ayer te vi en mis escaleras. Mis ideas en aquel momento querían sobrepasar á mi valor. Un bienestar indecible se apoderó de mí al oírte tan cerca de mí; apareciste, y todo en mi interior volvió á quedar en su orden normal. Experimento á veces en mi corazón una gran repugnancia á beber mi cáliz. ¿Cómo este corazón, que es un espacio tan reducido, puede encerrar tan larga existencia y tantos pesares? Me hallo muy descontenta de mí misma, muy descontenta. Mis negocios y mis ideas me arrastran; no me ocupo casi nada de Dios, y me limito á decirle cien veces al día:—«Señor, apresúraos á escucharme, porque mi espíritu cae en el abatimiento.»

Sin fecha.

«Hermano mio: No te fastidies de mis cartas ni de mi persona; pienso en que muy pronto te verás libre de mis importunidades. Mi vida despide su última claridad; lámpara que se consume en las tinieblas de una larga noche, y que ve nacer la aurora en que va á morir. Permíteme, hermano mio, que eche una ojeada sobre los primeros momentos de nuestra existencia; acuérdate que muchas veces hemos estado sentados sobre las mismas rodillas; estrechados á un tiempo

contra el mismo pecho; que ya tú derramabas lágrimas por las mias; que desde los primeros días de tu vida has protegido y defendido mi débil existencia; que nuestros juegos nos reunían, y que he participado de tus primeros estudios. No te hablaré de nuestra adolescencia, del candor de nuestros pensamientos, y de nuestras alegrías, ni de la mutua necesidad que teníamos de vernos continuamente. Si te llevo á lo pasado (te lo digo ingenuamente, hermano mio), es únicamente para hacerme revivir con mas fuerza en tu corazón. Cuando saliste de Francia por segunda vez, me confiaste tu esposa, y me hiciste prometer que no me separaría de ella. Fiel á aquel dulce compromiso, he presentado voluntariamente mis manos á las cadenas, y he entrado en los lugares destinados únicamente á las víctimas consagradas á la muerte. En esa morada no he tenido inquietud alguna que no fuera por tu suerte; interrogaba continuamente los presentimientos de mi corazón. Cuando recobré mi libertad, y en medio de las desgracias que me han abrumado, solo me ha sostenido la idea de nuestra reunión; hoy que pierdo enteramente la esperanza de continuar mi vida al lado de la tuya, ten paciencia con mis quejas. Me resignaré á mi destino solo, y solo por hallarme aun en disputa con él es por lo que sufro tanto; pero cuando me someto á mi suerte... ¡Oh, y qué suerte! ¿Dónde están mis amigos, mis protectores y mis riquezas? ¿A quién importa mi existencia, esta existencia abandonada de todos, y que pesa toda entera sobre sí misma? ¡Dios mio! ¡No son aun bastante carga los males presentes para mi debilidad, sino que añadís á ellos el temor del porvenir. Perdon, mi querido amigo; yo me resignaré; me dormiré con un sueño de muerte sobre mi destino. Pero en los pocos días que me restan que pasar en esta ciudad, déjame buscar en tí mis últimos consuelos; déjame creer que mi presencia te es agradable. Creo que entre los corazones que te aman, ninguno llega á la sinceridad y á la ternura de mi inútil amistad hacia tí. Llena mi memoria de recuerdos agradables que prolonguen mi existencia á tu lado. Ayer, cuando me hablaste de ir á tu casa, me parecía que te hallabas impaciente y serio, en tanto que tus palabras eran afectuosas. Pues qué, hermano mio, ¿seré yo también para tí un objeto de fastidio? Bien sabes que no he sido yo quien ha propuesto la dichosa distracción de ir á verte, y que te he prometido no abusar de ella; pero si has cambiado tu modo de pensar, ¿por qué no me lo has dicho francamente? Yo no tengo valor contra tus atenciones. En otro tiempo me distinguías algo mas del resto de la multitud, y me hacías mas justicia. Puesto que me esperas hoy, iré á verte á las once. Arreglaremos juntos lo que mas te convenga para en adelante. Te he escrito, segura de que nunca hubiese tenido valor para decirte una sola palabra del asunto de que te hablo en esta carta.»

Esta carta, tan dolorosa y tan digna de admiración, fue la última que recibí, y no pude menos de alarmarme por el sello de profunda tristeza que en ella se notaba. Corrí al convento, donde encontré á mi hermana paseándose con Mad. de Navarra. Fué á su habitación inmediatamente que la anunciaron mi visita. Conociósele que hacia esfuerzos para coordinar sus ideas, y se notaba por intervalos en sus labios un movimiento convulsivo. La rogué que volviese en sí, y que no me escribiese de aquella manera, porque me desgarraba el corazón, juzgando que pudiera yo fastidiarme de ella. Parecióme tranquilizarse un poco con mis palabras; me dijo que el convento la infundía tristeza, y que creía que se encontraría mejor en una habitación que estuviese junto al jardín botánico, donde podría pasearse y tener médicos á quienes consultar. Aprobé enteramente su opinión, añadiendo que con el objeto de que pudiera estar mejor servida, y de aliviar en su trabajo á Virginia, su don-

cella, le enviaria al viejo Saint-Germain. Esta proposición pareció agrada en extremo, como un recuerdo de Mad. de Beaumont, y me aseguró que desde aquel momento iba á ocuparse de los preparativos necesarios para su nueva habitación. Me preguntó qué era lo que yo pensaba hacer aquel verano: yo la dije que iría á Vichy, á reunirme con mi esposa, y despues á Villeneuve, á casa de Mr. Joubert, desde donde me volvería á París. La propuse que se viniera conmigo; pero me contestó que deseaba pasar el verano sola, y que pensaba enviar á Virginia á Fougères. Cuando me despedí de ella, se hallaba mas tranquila.

Mad. de Chateaubriand salió para Vichy, y yo me disponía á seguirla. Antes de dejar á París fui á ver á Lucila. Hallela muy razonable y afectuosa; me habló de algunos trabajos literarios que habia emprendido, de los cuales he publicado ya algunos fragmentos en el tomo tercero de estas *Memorias*. Animé al gran poeta porque continuase su trabajo; me abrazó, y me deseó un feliz viaje, haciéndome prometerla que no tardaría en dar la vuelta; me acompañó hasta la escalera, y me miró bajar tranquilamente. Cuando me hallé al pié de ella, me detuve, y levantando la cabeza, dije á la desgraciada, que no apartaba los ojos de mí:—«Adios, querida hermana; no tardaré en volver: cuidate mucho, y escribeme á Villeneuve, que yo también te escribiré. Espero que el próximo invierno accederás á vivir con nosotros.»

Por la tarde hablé con el buen Saint-Germain; le di órdenes y dinero para que secretamente pudiera disminuir el precio de las cosas que necesitase mi hermana. Le encargué que me tuviese al corriente de todo, y que no dejara de mandarme á llamar en el caso de que mi presencia fuese necesaria. Pasaron tres meses. Al llegar á Villeneuve me encontré con dos cartas muy satisfactorias sobre el estado de salud de Mad. de Caud; pero Saint-Germain se olvidaba de hablarme de la nueva habitación y de los asuntos domésticos de mi hermana. Había yo empezado á escribirle una larga carta, cuando Mad. de Chateaubriand cayó enferma de mucho cuidado; hallábame al lado de su cama, cuando me entregaron una carta de Saint-Germain; la abrí: aquella carta cruel me anunciaba la muerte de Lucila.

El cielo me ha dado el encargo de los últimos restos de muchas personas durante mi vida, pero estaba escrito y era sin duda destino de mi hermana que sus cenizas serian arrojadas al cielo. Hallábame lejos de París en el momento de su muerte; no tenia en aquella ciudad ningun pariente; detenido en Villeneuve por el peligroso estado de mi esposa, no pude ocuparme de aquellos sagrados restos. Mis disposiciones llegaron demasiado tarde para anticiparse á una inhumación comun. Lucila vivía aislada, y no tenia amigo ninguno; no era conocida mas que del viejo servidor de Mad. de Beaumont, como si este fuera el encargado de reunir aquellos dos destinos. El fue el único que acompañó á aquel abandonado ataúd, y también él murió antes de que el estado de salud de mi esposa me permitiese trasladarla á París.

Mi hermana fue enterrada entre los pobres. ¿En qué cementerio fue depositada? ¿En que ola inmóvil de aquel océano de insectos fue sumergida? ¿En qué morada espiró? Aun cuando al hacer indagaciones, consultando los archivos de los ayuntamientos y los registros de las parroquias, pudiese hallar el nombre de mi hermana, ¿de qué me serviría? ¿Hallaría, por ventura, al mismo conserje de la fúnebre morada? ¿Podría encontrar al que abrió en la tierra una sepultura sin nombre y sin epitafio? Las toscas manos que tocaron las últimas una arcilla tan pura, ¿habrán conservado su recuerdo? ¿Qué historiador de sombras podría indicarme aquella perdida huella? ¿No sería posible que equivocara las cenizas? ¡Puesto que el cielo lo

quiso así, quede Lucila perdida para siempre! En este misterio de localidad hallo una distincion entre esta y las demás sepulturas de mis amigos. Mi antecesora en este mundo y en el otro ruega por mí al Redentor, y alza su voz de entre las cenizas de los indigentes, con quienes se halla confundida; del mismo modo reposa perdida entre los predilectos de Jesucristo la madre de Lucila y la mía. Dios habrá sabido reconocer á mi hermana, y esta, que tan poco unida se hallaba á la tierra, no debia dejar en ella huella alguna. La santa por inspiracion me ha abandonado, y no ha pasado un solo dia en que no haya regado con lágrimas su memoria. Lucila gustaba del aislamiento: le he formado un desierto en mi corazon, y no saldrá de él hasta que yo haya cesado de existir.

Estos son los verdaderos, los únicos acontecimientos de mi vida material! ¿Qué me importaban en el momento en que perdía á mi hermana los millares de soldados que perecian en el campo de batalla, la ruina de los tronos y el cambio de la faz del mundo?

La muerte de Lucila fue á enturbiar los mas puros manantiales de mi alma. Mi infancia, los primeros vestigios de mi existencia, desaparecian con ella. Nuestra infancia se asemeja á esas frágiles construcciones de ladrillo, sostenidas por botareles, que no se hundien de una vez, sino que se desmoronan sucesivamente. Mad. de Chateaubriand, agobiada bajo el peso de los imperiosos caprichos de Lucila, no vió en su muerte mas que una redencion de su cautividad. Seamos indulgentes si queremos ser llorados; la elevacion de alma y las eminentes cualidades son únicamente apreciadas por los ángeles, y yo no puedo participar en este punto de la opinion de Mad. de Chateaubriand.

París 1859.

Revisado en diciembre de 1846.

AÑOS DE MI VIDA 1805 Y 1806. — VUELTA Á PARIS. — VIAJE Á LEVANTE.

Quando regresando á París por el camino de Borgoña divisé la cúpula de Val-de-Grace y la media naranja de Santa Genoveva, que domina el jardin botánico, se me oprimió el corazon. ¡Otra compañera de mi vida, abandonada en el camino! Volvimos á nuestra habitacion, y aunque Mr. de Fontanes, Mr. Joubert, Mr. de Clausel y Mr. Molé me acompañaban por las noches para distraerme, me hallaba ya tan trabajado por los recuerdos y por las ideas, que no podia conseguir su objeto. Habiendo quedado aislado tras el abandono de objetos tan queridos, golpeaba la ribera con el pié, como un marino extranjero, cuyo enganche ha espirado, y que se encuentra sin patria ni hogar; ardía en deseos de arrojarme á nado en un nuevo océano para refrescarme al cruzar sus olas. Hijo del Pindo y cruzado en Solima (1), hallábame impaciente por ir á unir mi descanso al de las ruinas de Atenas, y mis lágrimas á las lágrimas de Magdalena.

Fuí á Bretaña á ver á mi familia, y de vuelta á París salí para Trieste el 13 de julio de 1806. Mad. de Chateaubriand me acompañó hasta Venecia, adonde fué á buscarla Mr. Ballanche.

Hallándose referida mi vida hora por hora en el *Itinerario*, nada me quedaria que decir si no tuviese que dar cuenta de algunas cartas desconocidas, recibidas y escritas en el curso y despues de mi viaje. Julian, mi criado y compañero, ha redactado tambien el *Itinerario* suyo á la sombra del mio, como los pasajeros de un buque llevan su diario particular en un viaje de descubierta. El pequeño manuscrito que

(1) Nombre dado por los antiguos á Jerusalem.

pone á mi disposicion servirá de comprobante á mi narracion: yo seré Cook y él será Clerke.

A fin de dar mejor á conocer la manera con que se halla uno herido en el órden de la sociedad y en la gerarquía de las inteligencias, intercalaré mi narracion con la de Julian. Le dejaré hablar primero, porque se ocupa de ciertos dias de navegacion en que no le acompañé desde Modon á Smirna.

ITINERARIO DE JULIAN.

«Nos embarcamos el viernes 4.º de agosto; pero no siendo favorable el viento para salir del puerto, permanecimos en él hasta el dia siguiente al amanecer. Entonces el práctico del puerto nos vino á decir que ya podiamos salir. Era la vez primera que me veia en el mar, y me habia formado una exagerada idea de sus peligros, pues no corríamos ninguno por espacio de dos dias. Pero al tercero se levantó una tempestad: los relámpagos, el trueno, en fin, una tormenta horrible engrosó la mar de una manera espantosa. Nuestra tripulacion se hallaba compuesta únicamente de ocho marineros, de un capitán, de un oficial, de un piloto y de un cocinero, ademas de cinco pasajeros, incluso mi señor y yo; total diez y siete hombres. Pusimosnos todos á ayudar á los marineros para plegar velas, á pesar de los torrentes de lluvia que caian sobre nosotros, habiéndonos quitado la ropa para obrar con mas libertad. Este trabajo me distraia, haciéndome olvidar el peligro que, hablando en verdad, es mas espantoso por la idea que uno se forma de él que por lo que es realmente en sí. Por espacio de dos dias las tormentas se sucedieron unas á otras, lo cual me endureció en mis primeros dias de navegacion: me hallaba enteramente tranquilo. Mi señor temia que me marease y que cayera malo; pero despues de esta prueba, me dijo:—«Ya estoy tranquilo por vuestra salud, y ya que habeis soportado tan bien dos dias de tempestad, podeis tranquilizaros con respecto á cualquier contratiempo.» Contratiempo que no tuvo lugar en el resto de la travesía hasta Smirna. El dia 10, que era domingo, mi señor hizo abordar cerca de una isla turca, llamada Modon, donde desembarcamos para ir á Grecia. Entre los pasajeros que venian con nosotros habia dos milaneses que iban á Smirna para ejercer su oficio de hojalateros y fundidores de estaño. A uno de ellos, llamado José, y que hablaba bastante bien el idioma turco, habia propuesto mi señor si queria ir con él de intérprete. Dijonos este último que el viaje duraria muy pocos dias, y que se reuniria á nosotros en una isla por donde debiamos pasar dentro de cuatro ó cinco dias, donde nos esperaria si llegaba antes que nosotros. Como mi señor halló en aquel hombre lo que deseaba para aquel pequeño viaje (*de Esparta y de Atenas*), me dejó abordar para continuar mi camino hasta Smirna y para cuidar de nuestros efectos, y me dió una carta de recomendacion para el cónsul francés, para el caso de que no se reuniese á nosotros, lo cual sucedió efectivamente. El cuarto dia llegamos á la isla indicada; el capitán bajó á tierra, y no halló á mi señor. Pasamos toda la noche esperándole hasta las siete de la mañana, y el capitán volvió á bajar para prevenir que era forzoso partir, teniendo buen viento y hallándose obligado á dar cuenta de su travesía. Además habia visto una pirata que procuraba darnos caza, y urgía el ponernos cuanto antes en estado de defensa. Hizo cargar las cuatro piezas de artillería y subir sobre el puente todos los fusiles, pistolas y armas blancas; pero como el viento nos era favorable, el pirata desistió de su empeño. El lunes 18 á las siete de la tarde llegamos al puerto de Smirna.»

Despues de haber atravesado la Grecia, tocado en Zea y en Chio, me reuní con Julian en Smirna. Hoy dia veo á la Grecia en mi memoria como uno de esos

MI ITINERARIO.

«La falta casi absoluta de mujeres, la de carruajes de rueda y los alborotos causados por los perros que no tenian amo, fueron los tres caracteres distintivos que me chocaron desde luego en aquella ciudad extraordinaria. Como no se camina sino en babuchas y no se oye el ruido de los coches ni de los carros, como no hay campanas ni casi ningun oficio de los que usan martillo, reina un no interrumpido silencio. Veis á vuestro alrededor un pueblo mudo, que parece querer pasar sin ser visto y que siempre procura ocultarse á las miradas de su señor. Pasais sin intervalo de un bazar á un cementerio, como si los turcos no estuviesen allí mas que para comprar, vender y morir. Los cementerios sin cerca y colocados en medio de las calles, están formados por magníficos bosques de cipreses: las palomas fabrican sus nidos sobre ellos, y comparten la paz de los sepulcros. En todas partes se descubren monumentos antiguos que no tienen punto alguno de contacto con los hombres de hoy ni con los actuales monumentos de que se hallan rodeados; diríase que han sido transportados á aquella ciudad oriental por un poder mágico. Ninguna señal de alegría, ninguna apariencia de felicidad se presenta á los ojos: lo que se ve no es un pueblo, sino un rebaño conducido por un Iman y degollado por un genízaro. En medio de las prisiones y de los baños elevase un serrallo, capitolio de la esclavitud. Allí un guardián sagrado conserva cuidadosamente los gérmenes de la peste y de las leyes primitivas de la tiranía.»

Julian no se pierde de esta manera en las nubes.

ITINERARIO DE JULIAN.

«El interior de Constantinopla es muy desagradable por su pendiente hácia el canal y hácia el puerto: véense obligados á poner en todas las calles que bajan en esta direccion (muy mal empedradas por cierto), unas especies de diques para contener las tierras, que de otro modo arrastraria el agua. Hay muy pocos carruajes, y los turcos usan mas caballos de montar que las demás naciones. En el barrio francés hay algunas sillas de mano para las señoras. Tambien hay camellos y caballos de carga para el transporte de las mercancías: véense asimismo muchos mozos de cordel ó palanquines, que llevan un palo muy largo y muy grueso; pueden colocarse hasta cinco ó seis á cada extremo de él y conducir así pesos enormes, llevando el paso con una gran regularidad; un solo hombre transporta un gran peso, y llevan tambien una especie de gancho sobre la espalda, en el que conducen fardos con un equilibrio admirable, sin sujetarlos con cuerdas.»

Desde Constantinopla á Jerusalem.

ME EMBARCO EN CONSTANTINOPLA EN UN BUQUE QUE CONDUCA PEREGRINOS GRIEGOS A SIRIA.

MI ITINERARIO.

«Ibamos en el buque unos doscientos pasajeros, entre hombres y mujeres, ancianos y niños. Sobre los dos lados del entrepuente veíanse colocadas otras tantas esteras. En aquella especie de república cada uno se arreglaba á su manera: las madres cuidaban de sus hijos, los hombres fumaban ó preparaban sus comidas, y los *papas* (2) hablaban unos con otros. Resonaban por todas partes los ecos de la bandurria, de los violines y de las liras. Unos cantaban, otros

brillantes círculos que se perciben á veces cerrando los ojos. Sobre esta misteriosa fosforescencia se dibujan ruinas de una arquitectura delicada y admirable, y el todo se presenta mas esplendente aun por una especie de claridad que le prestan las musas. ¿Cuándo volveré á coger el tomillo del Himetto (1) y las adelfas de las orillas del Eurotas? Una de las personas que con mas envidia he dejado sobre esas riberas extrañas es el aduanero turco del Pireo; vivia solo, guardian de tres puertos desiertos, paseando sus miradas sobre las azuladas islas, sobre los brillantes promontorios y sobre los dorados mares. Allí no se oia otro ruido que el de las olas chocando contra la destruida tumba de Temistocles, y el murmullo de los lejanos recuerdos en el silencio de las ruinas de Esparta: la misma gloria permanecia muda.

En la tumba de Melerigenes dejé á mi pobre intérprete José, instalado en su tienda de hojalatería, y me dirigí á Constantinopla. Pasé á Pérgamo, deseando ir á Troya por compasion poética: una caída del caballo me detuvo en el camino, no porque Pegaso tropezara, sino porque yo dormía. He recordado este incidente en mi *Itinerario*: Julian lo refiere tambien y da noticias sobre caminos y caballos, de cuya exactitud salgo garante.

ITINERARIO DE JULIAN.

«Mi señor, que se habia dormido sobre su caballo, cayó al suelo sin despertarse. Detúvose el animal en el momento, y el mio que le seguia. Eché al instante pié á tierra para indagar la causa de esta detencion, porque me era imposible verla á la distancia de una toesa. Hallé á mi señor medio dormido al lado de su caballo, y admirado de verse en el suelo; me aseguré que no se habia hecho daño alguno. Su caballo no trató de alejarse, lo cual hubiera sido peligroso en un sitio enteramente rodeado de precipicios.»

Al salir de la Somma, despues de haber atravesado Pérgamo, tuve con mi guia una disputa, que refiere el *Itinerario*. Dice así Julian:

«Salimos muy temprano de este pueblo, despues de haber hecho provisiones. A muy corta distancia me admiré de ver á mi señor muy encolerizado contra nuestro guia; preguntéle la causa, y entonces me dijo que habia convenido con él en Smirna que al pasar le conduciria á las llanuras de Troya, y que en aquel momento se rehusaba á hacerlo, pretextando que se hallaban infestadas de ladrones. Mi señor no queria admitir excusa de ninguna especie, y á nada atendia. Como veia yo que cada vez se encolerizaba mas, hize señas al guia de que se acercase al intérprete para que me explicara el peligro á que nos exponiamos. El guia dijo al intérprete, que le habian asegurado que era menester ir en gran número para no ser atacados: lo mismo me dijo el genízaro que llevamos de escolta. Entonces fuí á reunirme con mi señor, y le repetí lo que me habian dicho los tres, y ademas, que hallariamos á una jornada de camino un pueblecillo donde habia una especie de cónsul que podria instruirnos de la verdad. Dicho esto se calmó un poco mi señor, y continuamos el camino hasta dicho punto. En cuanto llegamos fué á ver al cónsul, quien le explicó todos los peligros á que se exponia si persistia en la determinacion de ir con tan poca gente á las llanuras de Troya. Entonces vióse obligado á renunciar á ese proyecto, y continuamos nuestro camino hácia Constantinopla.»

Llegué á Constantinopla.

(1) Montaña á una milla de Atenas. (N. del T.)

(2) Palabra griega que significa padre y se toma en sentido de sacerdote. (N. del T.)